

RESUMEN DE LA CONFERENCIA DEL Dr. EUGENIO PUCCIARELLI

Por EUGENIO PUCCIARELLI

Más de 40 años de consagración a la docencia en las Universidades argentinas de Tucumán, La Plata y Buenos Aires, han dado al Dr. Eugenio Pucciarelli prestigio en los Centros de Enseñanza Superior.

Graduado de Médico en la Universidad de Buenos Aires, en 1932, habiendo cursado simultáneamente el Doctorado en Filosofía en la Facultad de Humanidades de La Plata, sintió el llamado de una vocación que lo condujo a sacrificar, desde temprano, la profesión de Médico para consagrarse íntegramente a la enseñanza.

Pero antes de graduarse su inclinación por la Filosofía le había llevado a publicar sus primeros ensayos. Luego, su tesis sobre "La Filosofía de Dilthey" a la que siguieron tres estudios más sobre el mismo pensador, mereció la recomendación del Jurado para su publicación en las ediciones de la Facultad de Humanidades.

Estudios consagrados más tarde a Descartes, Leibniz, Herder, Kant, Schelling y Hegel que mostraban su familiaridad con el pensamiento moderno, vinieron a corroborar el juicio merecido por sus primeras publicaciones.

Entre lo que ha publicado cabe recordar "En el umbral de la Filosofía", "Historia y Destino", "La Filosofía y sus críticos", "La antinomia inicial de la Filosofía", "La Filosofía y los problemas de su expresión", "El Lenguaje de los Filósofos", "La Vida Intelectual", "La Crisis de la Evidencia", "La Razón en Crisis" . . . etc.

Ha sido Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Tucumán, Profesor y Jefe del Departamento de Filosofía de la Facultad de Humanidades de La Plata, Director del Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires.

Ha dictado las Cátedras de Introducción a la Filosofía, Metafísica y Filosofía Moderna en varias Universidades.

Actualmente es Profesor Emérito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde tiene a su cargo la enseñanza en el Seminario de Filosofía para graduados; y dirige, desde hace 10 años la Revista "*Cuadernos de Filosofía*". Es Vice-Presidente de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, y allí dirige el Centro de Estudios Filosóficos

que publica la revista "Escritos de Filosofía" consagrada a exponer el estado actual de los problemas del Lenguaje, la ideología, el mito, la técnica, etc.

Después de haber consagrado muchos años al examen de los problemas del conocimiento y de la metafísica, ha incursionado, en los últimos años entre los temas de la técnica, la ideología, el lenguaje y, sobre todo, el tiempo y siempre dentro de marcos filosóficos vinculados al pensar de nuestro tiempo.

Sus relaciones con Venezuela datan de muchos años atrás. En 1955-56 fue contratado por la Facultad de Humanidades de la Universidad Central de Venezuela, y tuvo a su cargo las cátedras de Ética y de Filosofía contemporánea.

Hace 3 años, en 1977, dictó un cursillo de 6 lecciones sobre "Las Orientaciones del Humanismo Contemporáneo", en la Universidad Simón Bolívar, y participó en las deliberaciones del Consejo Interamericano de Filosofía realizado en Caracas.

Actualmente está dando conferencias en las dos Universidades mencionadas sobre los temas del Tiempo y de la Técnica.

Marzo 3 de 1980

MISION DEL INTELLECTUAL

Por EUGENIO PUCCIARELLI

1. *¿Ocaso de los intelectuales?*

Se habla en nuestro tiempo, y siempre en tono de queja, de la crisis de la inteligencia, del eclipse de la contemplación, del ocaso de los intelectuales, de la inoperancia de los hombres consagrados a la investigación de la verdad, de la escasa estimación que merecen los frutos del pensamiento puro y el esfuerzo del trabajo mental.

Los hombres de nuestro tiempo creen asistir al fracaso de la inteligencia, a su inoperancia social, frente a la eficacia de la actitud pragmática y oportunista que olvida los principios morales y sólo persigue el éxito. Se suele contraponer, no sin agresividad, el tipo del hombre teórico, que contempla, cree y piensa, al tipo opuesto del hombre práctico, que vive, quiere y obra, como si se tratara de dos temperamentos nacidos para hostilizarse.

No faltan quienes se regocijen ante el eclipse de la contemplación, a la que se tilda de actitud ociosa, que no suprime las injusticias, que deja el mundo social en la situación en que lo encuentra y se abstiene de promover el progreso, que en este caso se concibe como la liberación de los oprimidos. Se deplora que esta actitud, más receptiva que activa, prefiera estar atenta a lo que es y al pasado, que no a lo que podría llegar a ser si se acelerasen los cambios.

Se habla del ocaso de los intelectuales, concebidos como el tipo del “homo teórico”, ajeno a los requerimientos morales de la acción inmediata. Se justifica la abolición de la diferencia entre trabajo manual, que en otro tiempo era considerado servil, y trabajo intelectual, que siempre ha sido signo de distinción. Al abolir la diferencia y sostener que todo trabajo, por humilde y rutinario que parezca, requiere la colaboración de la mano y la inteligencia, se cree poner freno a la inmodestia de los intelectuales y arrebatárles un prestigio que no les correspondía.

Y, finalmente, no son pocos los que se complacen en hablar de la inoperancia de los hombres consagrados a la investigación de la verdad, sobre todo cuando los alienta el afán de saber por el saber mismo, prescindiendo de los frutos que eventualmente pueda brindar a la sociedad.

2. *La técnica y la violencia*

Al preguntar por el fundamento de juicios tan severos se cae en la cuenta de la existencia de dos hechos —la técnica y la violencia—, que han adquirido aterrador relieve en nuestro tiempo. A veces, la violencia se aprovecha de la técnica y, a su vez, la técnica es una especie de violencia. Y una y otra aparecen aliadas a la mentalidad activista y pragmática, que prevalece en nuestros días. No es extraño que, por debajo de estos síntomas, se crea adivinar la influencia de un pensamiento de inspiración irracionalista, que ha alcanzado sus expresiones más coherentes en las filosofías vitalista, pragmatista y existencialista, y que parece haberse encarnado en el hombre medio de nuestros días, sin que él, por su parte, tenga clara conciencia de los resortes que mueven su acción.

El crecimiento de la técnica moderna ha sido avasallador y ha invadido todas las esferas de la vida humana —la externa, desde la naturaleza inanimada hasta el propio cuerpo del hombre, y la íntima, al apoderarse de su psique y tratar de modificar sus comportamientos—. Ello ha estimulado la generalización de mecanismos que operan automáticamente y que requieren cada vez menos participación de la reflexión, la iniciativa y la espontaneidad creadora de los hombres. Las máquinas han empezado a sustituir el brazo y el cerebro, y los hombres han debido resignarse a convertirse en auxiliares de mecanismos que se regulan sin intervención directa de ellos. Operaciones complicadas de matemáticas o de lógica, cálculos precisos realizados en tiempo brevísimo, señalan el prestigio de las máquinas y, en alguna medida, el desplazamiento de la mano y de la inteligencia a un segundo plano.

Poco importa que la técnica, aliada a la ciencia más exigente y al parecer imseparable ya de ella, sea resultado de la razón y que su penetración en todas las actividades de la sociedad sea un esfuerzo gigantesco de racionalización de la vida colectiva, lo cierto es que sus primeros efectos, los que soportan nuestros contemporáneos, parecen francamente irracionales.

La violencia, en sus expresiones atenuadas o exaltadas, es el segundo hecho, que se difunde en un mundo configurado por el primero. Con la falta de acatamiento a toda autoridad se suma el propósito de hacerse justicia por la propia mano, sin reconocer la vigencia de las instancias tradicionales que proclamaban la participación de la inteligencia y, con ella, aseguraban la medida en la convivencia colectiva, el respeto de los disidentes, el derecho a la crítica.

Aunque la violencia sea un hecho viejo en la historia de la humanidad, es innegable que se ha renovado en nuestro tiempo con exacerbaciones pocas veces alcanzadas antes. Aparte de la agresividad individual, que trasciende el recinto íntimo y se muestra en la conducta frente al prójimo a quien se quiere imponer ideas o actitudes por la fuerza, sin miramientos, sin examinar sus razones, está la violencia esgrimida como táctica política, que es empleada como medio y que va desde la intimidación a la destrucción física del adversario o al sometimiento incondicional de grandes masas humanas. Los grupos de presión de toda índole —económica, política, confesional— eligen la violencia como medio idóneo y eficaz, y no renuncian a su empleo porque han desaparecido inhibiciones morales que en otros tiempos frenaban los impulsos.

Y no se crea que la violencia haya sido siempre lamentada como un mal y condenada en nombre de principios morales; sino que ha tenido sus defensores y sus apologistas. ¿No enseñaba Spengler que la violencia es el antídoto de la decadencia? ¿Y Sorel que la violencia era una gimnasia destinada a vigorizar la juventud de una sociedad proclive a su declinación? ¿Y Marx no sostuvo acaso que la violencia abría las puertas de un nuevo mundo, más justo que el que dejaba a su espalda? ¿Y Lenin que concebía la violencia como el instrumento que apresuraba la caída de un sistema y la consolidación de otro?

Y en cuanto a nosotros, ¿hemos de aceptar la violencia como un hecho, en medio del cual nos toca vivir, o hemos de dejarnos convencer por los argumentos de sus apologistas?

No hay duda que la configuración que imprime la violencia a un mundo de tensiones sociales, tal como el presente, decreta, en buena medida, la inoperancia del intelectual que acude con razones donde el terror desencadena su fuerza más brutal.

¿Qué papel queda reservado al intelectual en un mundo automatizado y entregado a los desbordes de la violencia? ¿Cómo se ve, por otra parte, en nuestro tiempo, al intelectual?

3. *¿Qué es un intelectual?*

A la pregunta. ¿Qué es un intelectual? se suele dar varias respuestas, signo de la falta de seguridad que reina en este dominio.

Unos atienden preferentemente a la función que ciertos hombres desempeñan en el contexto social, y las respuestas suelen ser descriptivas: enumeran, de manera más o menos ordenada y exhaustiva, los rasgos que configuran a este tipo de personas. Al hacerlo procuran mantener cierta neutralidad: se abstienen de formular juicios de apreciación. Otros, por el contrario, son más severos y su caracterización, no siempre desapasionada, encierra una valoración negativa. Tal, por ejemplo, la definición que propuso el general Eisenhower, primer comandante de los ejércitos aliados que contribuyeron a la derrota de Alemania en la Segunda Guerra Mundial y después Presidente de los EE.UU., quien, en un discurso pronunciado en Los Angeles en 1954, tuvo la osadía de sostener que un intelectual “es una persona que usa más palabras que las necesarias para decir más de lo que sabe”. Lo que equivalía a calificarlo gratuitamente de “ignorante y charlatán”. No era este militar el vocero más autorizado para opinar con fundamento sobre este delicado tema, y tal vez su valoración negativa se apoyaba sobre su conocimiento de personas que se le habrían aproximado con la pretensión de desempeñar a su sombra funciones que tradicionalmente han estado a cargo de intelectuales. Al hombre de acción, impaciente por alcanzar una meta, le exaspera el análisis, la consideración de todos los aspectos de una situación, la apreciación crítica de los factores en juego. El intelectual suele ser lento en la acción, allí donde el político se precipita sobre los resultados que quiere alcanzar siguiendo el itinerario más breve. De ahí la calificación despectiva de “ignorante y charlatán” aplicada indiscriminadamente al intelectual. No sería exagerado decir que ésta es una calumnia en que se ha incurrido por inadvertencia, por falta de real conocimiento de la misión y la tarea que los intelectuales cumplen en la sociedad. En contraste con esta apreciación, para Hegel, intelectual, los intelectuales constituían la “aristocracia del Estado”.

4. *El intelectual a través de las épocas.*

Varias son las imágenes que los intelectuales han acuñado sobre ellos mismos. Al estudiar las formas de vida de los hombres, según los fines a que aspiran, Aristóteles asignaba al intelectual la contemplación, en contraste con el placer que busca el vulgo, el honor que persigue el político y la riqueza que procuran obtener algunos. El saber se le aparecía como una finalidad más alta que las otras, digna de ser alcanzada y capaz de proporcionar la felicidad. Las virtudes intelectuales —ciencia, arte, prudencia, inteligencia y sabiduría— eran más elevadas que las virtudes morales —liberalidad, templanza, valentía, etc.—, aparte de que requieren el concurso de aquéllas para hacer posible su ejercicio. El filósofo era, según opinión de Aristóteles, el intelectual entregado a la contemplación de la verdad, la actividad más ex-

celsa que se desenvolvía en la búsqueda y posesión del conocimiento desinteresado.

La contemplación atrajo también a los humanistas del Renacimiento y desde los siglos XIV hasta el XVI pusieron énfasis, no ya como los antiguos en la contemplación directa de la naturaleza y del mundo humano, sino en la visión indirecta que surgía del testimonio de los antiguos. La verdadera vida sólo se alcanza a través de los libros; uno de ellos lo proclama con palabras elocuentes: "sólo pueden decir que han vivido los que han escrito eruditos y doctos libros latinos o los que han traducido del griego al latín". La cultura era, para ellos, el don máspreciado de la vida terrena, el único capaz de brindar genuina felicidad. Los grandes autores de la Antigüedad eran, al mismo tiempo, norma en la vida y consuelo en la desgracia. La educación se fundaba en el conocimiento de los modelos antiguos. En su función social y profesional, los intelectuales practicaban el culto de las letras y las artes de la Antigüedad, lo que en alguna medida los condenaba a quedar fuera de su tiempo y de su medio, a vivir desarraigados.

En nuestro siglo se ha llamado la atención sobre la condición peculiar del intelectual, que no pertenece a ninguna clase tanto por su procedencia como por sus funciones, que constituye un grupo heterogéneo cuyo vínculo unificador es la cultura, pero que es capaz de crear un ambiente que conserva la pluralidad de las cosmovisiones entendidas como expresiones de tendencias en pugna en una época dada. Todo ello se explica porque el hombre moderno no acata una autoridad única y prefiere mantener una pluralidad de puntos de vista como expresión de libertad.

5. *El intelectual, hoy*

No han faltado críticas a los intelectuales de nuestro tiempo y acaso una de las más conocidas es aquélla que separa, por un lado, al clérigo, al filósofo, al erudito, y, por otro, al profesional burocratizado, apegado a intereses inmediatos y olvidado de los ideales que dignifican la vida humana.

Julián Benda reprochaba a los intelectuales que se ubican con decisión en lo temporal y se olvidan de contribuir a la realización de la justicia y de la caridad. Deploraba que adoptaran posiciones políticas y que no evitaran la lucha y el odio. La tendencia a la acción, exacerbada en nuestro tiempo, incita a los intelectuales a asumir pasiones en lugar de bregar por el desarrollo de actividades desinteresadas; por eso se permitía calificarlos de "almas encorvadas hacia la tierra y vacías de espiritualidad".

No todos participan de este juicio y algunos optan por separar dos actitudes antagónicas en los intelectuales, que dependen de la idea que tengan del mundo y de la vida y de los compromisos que impone la época. Por un lado se destaca el "homo teórico" que contempla, cree y piensa, mantiene

su neutralidad política y sólo lo mueve un afán de verdad. Por otro, se señala la existencia, mayor en número, del intelectual profesionalizado, que ha sido llamado también “orgánico” o moderno, cuya función en el contexto social corresponde al tipo del “homo faber”, que vive, quiere y obra, y cuya actividad siempre enérgica está vuelta hacia la transformación del mundo social.

Los problemas de nuestro tiempo, más allá del prodigioso desarrollo científico y técnico, se han multiplicado en el área de la sociedad: la exigencia de una efectiva igualdad, que haga posible el ejercicio de la libertad individual, es hoy tan perentoria que impone al intelectual el deber de preocuparse por ella y participar, con las armas de la razón, en su conquista y consolidación. De ahí la actitud negativa de los intelectuales frente a la sociedad de nuestra época, y su compromiso con la causa de la libertad humana. Prevalece, por eso, el tipo del intelectual orgánico, que para hacer efectiva su prédica no puede menos que participar, directa o indirectamente, en la acción social. Los intelectuales son hoy los críticos de nuestra época y acaso los forjadores del mundo del mañana.